

desconocidas y aun sin saberse de modo alguno quién es la persona que se las envía.» Hasta aquí el P. Luengo¹.

Una de las personas, que á juicio de este Padre proveían con abundancia al P. Pignatelli, era Gonzalo Adorno, que en tiempo de la extincion de la Compañía era Hermano escolar, y se quedó sin ordenarse. Adquirió una regular fortuna; y por este tiempo trataba familiarmente con el P. José y con los de su comunidad, y en la casa del Buen Consejo se retiraba algunos días para entregarse á ejercicios de piedad y devocion².

¹ *Diario*, Tomo 44, pág. 1064.

² *Ibid.*, pág. 1065.

CAPÍTULO VII

Caridad heroica del P. Pignatelli durante la dominacion francesa en Roma y la ausencia de Pío VII. — Ofrece oraciones y penitencias por sus prójimos. — Consuela á los afligidos. — Distribuye abundantes limosnas, y no las admite por los ministerios. — Provee á los suyos con largueza. — Provéele el cielo milagrosamente de dinero para hacer limosnas. — Con luz superior conoce las necesidades de los prójimos, y las remedia. — Don de profecía y de consejo. — Dominio sobre las enfermedades. — Sufre con alegría en los casos adversos.

1809 — 1811

Hemos llegado ya á la última época de la vida del P. Pignatelli. Parece se complació el cielo en que el santo varon resplandeciera como astro refulgente en medio de la oscura noche, en que se hallaba sepultada la ciudad eterna. Entonces realmente fue para muchos un puerto de refugio en la violenta y brava tempestad que se había desencadenado contra la Iglesia y contra la sociedad. En la escuela de la tribulacion y con la experiencia de sus propias calamidades, que le acompañaron casi todo el tiempo de su vida, aprendió el P. Pignatelli á compadecerse de las ajenas; y no hay para qué decir cuán en lo vivo le tocaban los males que padecían la Iglesia y el Estado.

Lloraba sin consuelo en la presencia de su Dios, y ofrecía continuas plegarias y penitencias, ya para aplacar la justicia del Señor, ya para alcanzar abundantes auxilios y socorros á los atri-

bulados. En el sacrificio de la misa rogaba de un modo especial al Eterno Padre por el Sumo Pontífice, por las varias clases del clero y por las órdenes religiosas. Adoraba los designios arcanos de la Providencia, y decía que la persecucion actual, lejos de servir para ruina y destruccion, sería en las manos de Dios un medio poderoso para conducir las cosas á un órden más perfecto; y que la Iglesia, purificada en sus miembros con el fuego de la tribulacion, surgiría más bella y vigorosa.

Animado de tales sentimientos é impelido por el fuego de la caridad, dejaba su retiro para acudir á sostener y aliviar á tanto desventurado con aquel don celestial y singularísima gracia que poseía para consolar al triste é infundirle aliento. Pocas palabras suyas bastaban de ordinario para disipar las sombras de la melancolía y conducir las almas á Dios. Apenas llegaba á su noticia que alguno era perseguido, condenado al destierro y la cárcel, ó de otra manera maltratado, salía de casa con su compañero, y so color de urbanidad iba á visitarle; y empezando á demostrarle compasion por su desgracia, introducía poco á poco alguna buena plática, con la que conseguía animar á los débiles y pusilánimes, sostener á los vacilantes, y fortificar más y más á los denodados y robustos.

Este oficio de caridad ejercitaba con preferencia con prelados y personas eclesiásticas de uno y otro clero, para quienes era más duro el peso de la persecucion. Sentíanse los atribulados como sobrecogidos al vérsese de súbito en su casa sin que nadie le hubiese llamado; pero cesaba la sorpresa para dar lugar á otra mayor, cuando le oían descubrir toda la historia de sus tribulaciones con pocas y sentidas palabras, llenas de tal dulzura, que arrancaban lágrimas y dejaban bañado el corazon de celestial consuelo. No se ceñía á solas palabras la caridad del P. José; sino que además distribuía, segun la necesidad, abundantes limosnas: y son verdaderamente incalculables las sumas que en aquellos dos años repartió en Roma entre personas de todo género. No pasaba día en que no diese gruesas limosnas á cardenales, obispos, religiosos y familias enteras, sumidas en la

miseria por los trastornos políticos; y en ocasiones dio de una vez cincuenta, ciento, y hasta doscientos duros.

Socorrió con sumas de consideracion á los cardenales Pignatelli, su pariente, Saluzzo y á otros. El cardenal Manuel de Gregori atestigua, que siendo entonces delegado apostólico y habiéndosele declarado preso en su propia casa y desterrado á poco, hasta tres veces le fue á visitar el P. Pignatelli; y añade las siguientes palabras: «Después de haberme dado á conocer lo mucho que le apenaba mi situacion, y comunicádome los más vivos sentimientos de resignacion cristiana, se me acercó de manera que nadie lo advirtiese, y me puso en la mano un rollo de monedas, que por el peso conocí ser oro; y me rogó del modo más noble y obligante que me dignara aceptarlo, porque en las actuales circunstancias no me vendría mal. Sorprendióme y me enterneció un acto tan inesperado y generoso; y después de manifestarle mi gratitud, añadí que podía quedarse con ello, ya que tenía que socorrer á muchos más necesitados, y con mayor provecho; y como me pareciese que le mortificaba mi repulsa, hube de calmarle, dándole palabra de que acudiría á su generosa caridad siempre que lo necesitase¹.»

Mantuvo por muchos días á comunidades religiosas enteras, y ayudó á otras con abundantes socorros después de la exclaustracion.

Á un sacerdote enfermo envió una vez quince doblones, y mientras le duró la vida continuó socorriéndole. Á otro, á quien había sacado ya de apuros, al saber que había enfermado, él mismo en persona le entregó de una vez más de sesenta duros. Cuatrocientos envió á París para que se distribuyeran entre sacerdotes, que estaban en necesidad.

Algunos artesanos, por la reverencia que el Padre les merecía, rehusaron varias veces recibir la paga de ciertos trabajos hechos en San Pantaleon; y agradecido el Siervo de Dios á su caridad, iba al punto á darles gracias, y á poco les enviaba por

¹ *Summar.*, núm. 9, pág. 137.

mano ajena en cosas de devoción ó de arte ciertos regalos, que valían el doble de lo que ellos habían renunciado.

Vivía junto á la iglesia de Santa María de los Montes un cierto Fortunato Sacarelli, carnicero de profesion y muy devoto del hospicio, el cual había hospedado en su casa al Santo Benito Labre. En cierta ocasion supo el P. Pignatelli, que la noche ántes habían entrado ladrones en casa del buen hombre, y saqueado lo que habían podido: se informó del importe del robo, que era de unas cuarenta pesetas, y dio orden al comprador de que al día siguiente, después de pagar la carne, diese al carnicero cuarenta pesetas de limosna, que era precisamente el valor de la pérdida¹.

Refiere el capitán Luis Moretti un caso que con él mismo pasó, con las palabras siguientes: «Estaba yo á punto de partir de Roma por orden superior, destinado en 1811 á uno de los principales empleos en la dársena de Civitavechia, cuando creí que debía hacer una visita de despedida al P. Pignatelli en la casa del Buen Consejo: y como en esta ocasion le representase que tenía yo que hacer gastos para trasladarme allá con mi familia, él, después de mostrarme con bondad su sentimiento por lo que yo padecía, abrió un cajoncito que tenía junto á su mesa, sacó algunas monedas de oro, y me las dio.» Confiesa tambien que fue testigo ocular de la caridad eximia del Siervo de Dios con los encarcelados y otros que estaban en la miseria².

Y á pesar de que estaba destituido de todo recurso humano, quiso que se conservase intacta la ley del instituto, que prohibe recibir limosna por misas ó ministerios, y que no se recibiese, ni á título de regalo, cosa que tuviera visos de merced ó recompensa por lo que se trabajaba; y mandó que ni de parientes ni amigos se admitiera un maravedí para emplearlo en cosa de propio uso. Quería ser él solo el padre comun y provisor de todos,

¹ El Hermano Santiago Annoni, que depone este hecho en el proceso romano, dice que le hizo dar «40 pezzeti di Ispagna.» (*Process. Rom.*, fol. 393.)

² *Process. Rom.*, fol. 1203.

y daba en efecto generosamente y más de lo necesario, siempre que la observancia doméstica lo consentía; y lo daba con tan buena cara y amoroso corazón, que parecía ser él mismo el agraciado en el beneficio que hacía á sus súbditos. No quería que se le diesen gracias; pues solía decir, que no daba de lo suyo propio, sino de lo que era de quien lo necesitaba, y que todo lo que él había á las manos, era para los demás.

Con cuánta delicadeza procediese en no admitir nada de los parientes de los Padres, lo prueba el siguiente caso. Recibió de los suyos el P. Luis Fornasari una buena cantidad de dinero para atender á las necesidades de la pobre casa de San Pantaleon: presentóla al P. Pignatelli para que él la distribuyese conforme lo exigieran las necesidades; mas el Siervo de Dios no la quiso recibir para aplicarla á los suyos, sino que se la dejó al P. Fornasari para que él mismo la emplease en obras de caridad. No dudaba que Dios miraría por el sustento de sus hijos, y que nada les faltaría. Sucedió una vez que á la lavandera de la casa le robaron toda la ropa blanca, que le habían entregado para lavar. Al saberlo el P. Pignatelli, dijo: «Dios proveerá de otra.» Y así fue: al día siguiente se envió á la casa otra en igual cantidad.

No sufría que por lo calamitoso de los tiempos y la escasez de víveres careciesen sus hijos de lo que les era no solo de necesidad, sino aun de comodidad. «El Siervo de Dios,» como testifica el P. Pedro Rossini¹, «manifestó una fe grande en la divina providencia. Cuando nos hallábamos en los tiempos de carestía, en que los géneros coloniales particularmente estaban á un precio muy subido, quería que los Padres, en especial los más ancianos, tomaran chocolate en el desayuno, y que en la mesa fuesen tratados del mismo modo que en los tiempos de mayor bonanza.» Aun hacía que en verano no les faltase hielo con que refrescar el agua: si bien halló un bueno y generoso amigo, que se lo proporcionaba de balde.

¹ *Process. Rom.*, fol. 806.

En efecto: Benito Martínez, archivero de la embajada de España, cuyo padre veneraba en sumo grado al P. Pignatelli y se honraba con su amistad, refiere lo que sigue¹: «Hallándose el P. Pignatelli por la enfermedad sumamente abatido, recuerdo que por su bondad dio orden de que solo mi padre entrara [en su aposento], y nadie más. Provenía esta amistad, á lo que yo creo, ya de la nacionalidad, ya de una cierta gratitud, que el Siervo de Dios quería manifestar á mi padre: el cual, como tenía á su cargo el arriendo de la nieve en Roma, proveía gratuitamente de este artículo á la dicha casa del Buen Consejo.»

Con los mismos sentimientos de caridad y generosidad de corazón atendía á las necesidades de los otros Padres que estaban dispersos por Roma y en otras ciudades de Italia. Muchos, especialmente españoles, llegaron á verse en grande estrechez, y de ellos tenía cuidado el P. José: socorríalos con abundantes limosnas y pagaba sus deudas: cuando enfermaban, iba á visitarlos y les enviaba un Hermano coadjutor de los del Buen Consejo para que los asistiera: y cuando eran molestados por los comisarios, él los protegía y amparaba.

En muchas ciudades de Italia mandó distribuir varios centenares de duros entre los pobres jesuitas que se habían quedado sin pensión; y otras sumas iguales envió á los que habían sido trasportados entre bayonetas á las cárceles de Mantua, por haberse negado á prestar el juramento de fidelidad al intruso rey de España y su gobierno. Quienquiera que acudiese á él, estaba seguro de no ser despedido sin socorro; de suerte que no había persona necesitada, que no le acometiera sin la menor duda de que hallaría en él un corazón de padre; y el santo varón decía rebotando de júbilo y complaciéndose en ello: «¡Oh cuán bueno es Dios, que nos da con qué socorrer á los pobrecitos y auxiliar también á nuestros antiguos hermanos!»

Estuvo en duda al principio de si podía distraer algo de lo que le llegaba para los suyos y aplicarlo para limosnas, especial-

¹ *Process. Rom.*, fol. 1077, b.

mente cuando personas muy dignas habían menester extraordinarios subsidios; y le hizo titubear mucho más el estado de una familia principal, que se hallaba en el mayor aprieto. No se decidió á obrar por sí, y fuese á pedir consejo á uno de los Padres de su mayor confianza; y habiéndole dado esta la respuesta que su corazón deseaba, sin demora llevó él mismo á aquella familia la limosna de cuarenta duros, que fueron recibidos con mil demostraciones de gratitud.

No tardó mucho el Señor en manifestar lo que le agradaba aquel acto de misericordia, y lo poco que su siervo fiel tenía que temer que los suyos perdiesen nada por repartir con los pobres lo que recibían de la providencia divina, la cual era muy capaz de restituírsele á ciento por uno. Volvía á casa el P. Pignatelli, recogido y orando, y con el alma anegada en júbilo por haber hecho aquel bien, cuando se le presentó un hombre desconocido, y acercándose á hablarle, dijo: «Yo sé que Vds. están muy necesitados: tome V. este pequeño socorro;» y en esto, le puso en la mano cuatro mil reales. Atónito quedó el Padre al ver aquello; y tomándolo por una práctica reprensión del Señor por la poca confianza que tuvo en él cuando titubeó sobre dar limosna, y por lo mezquinamente que acaso la había hecho, estuvo para volver atrás y entregar á aquella familia los cuatro mil reales¹.

Desde entonces no volvió á tener reparo alguno, y distribuyó entre pobres cuanto pudo haber á las manos, con santa porfía, por decirlo así, con su Dios, que parece se empeñaba en retribuirle siempre con nuevos favores, y en aumentarle la confianza hasta creerla muchos nada inferior á la de San Ignacio y San Cayetano. «Confiaba tanto,» dice un sacerdote seglar, «en la divina providencia, que parecía ser su árbitro y dueño; y le apenaba mucho el saber que las gentes atribuían al esplendor de su

¹ «Era voz comun,» dice Luis Pancaldi, «en la casa del Buen Consejo, que recibiendo de la divina Providencia por caminos á veces no pensados ocho mil escudos al año, invertía los cuatro mil en utilidad de los de la casa, y los otros cuatro mil los repartía en limosnas á los pobres. (*Process. Rom.*, fol. 862.)